

GUSTAVO GRABIA

**LA
DOCE**

**EDICIÓN
DEFINITIVA**

**LA VERDADERA HISTORIA
DE LA BARRA BRAVA DE BOCA**

GUSTAVO GRABIA

La Doce

La verdadera historia
de la barra brava de Boca

 Planeta

1

¿Por qué La Doce?

La historia de la barra brava de Boca es, vista en perspectiva, la historia de la violencia en el fútbol. Porque es la hinchada que abre la saga sangrienta de muertes alrededor de una pelota y es también la que institucionaliza, desde mediados de la década de los sesenta, la idea de que se puede vivir de esa violencia, de ese terror, aplicándolo a los colores partidarios de un club. La hinchada de Boca —autotitulada «La mitad más uno» por ser la del equipo más popular del país (frase que inmortalizó el expresidente del club, Alberto J. Armando, en un reportaje publicado por la revista *El Gráfico* tras la obtención del título de 1964)— presenta en su brazo armado, La Doce, un modelo de organización inusitado. Es la barra con mayores contactos políticos, la que trabajó tanto para el justicialismo como para el radicalismo, para el kirchnerismo y para el macrismo, y que llegó a participar de operaciones políticas montadas por la SIDE. Y la única en el mundo que creó una fundación legal para blanquear ingresos ilegales provenientes de la extorsión a políticos, empresarios y deportistas, así como del financiamiento inescrupuloso a través de la reventa de entradas, el manejo de los micros para llevar hinchas al interior, el estacionamiento en las calles de

La Boca cada vez que hay un partido y el *merchandising*. Eso sin contar el porcentaje aportado por los concesionarios de los puestos de venta de bebidas y comidas del estadio. Hechos, todos estos, comprobados por la justicia en dos ocasiones: primero al dar de baja a la Fundación El Jugador Número 12, el 24 de febrero de 1994, por ser, según el dictamen, «un vehículo para blanquear fondos ilegales conseguidos bajo el pretexto de recibir donaciones», y más adelante cuando enjuició a la cúpula de la barra, el 16 de mayo de 1997, por asociación ilícita.

La barra de Boca es como la hidra de mil cabezas: no alcanza con cortar una de ellas para terminar con su historia. Eso quedó demostrado en aquella nublada mañana de mayo del 97, en un hecho inédito en la lucha contra la violencia en el fútbol. A José Barritta, el Abuelo, capo de La Doce, y sus nueve adláteres, los condenaron a penas de hasta veinte años de prisión por asociación ilícita y por los crímenes de los hinchas de River Ángel Delgado y Walter Vallejos, producidos el 30 de abril de 1994 tras un superclásico jugado en la Bombonera. Pero en cuestión de meses, los que por entonces eran segundas líneas, liderados por Di Zeo, tomaron el poder y reprodujeron fielmente el modelo. Hasta que terminaron presos en 2007 en el penal de Ezeiza con una sentencia de hasta cuatro años y seis meses de prisión por coacción agravada, y si bien en 2010 recuperaron su libertad, les costó más de seis años volver a la barra y debieron enfrentar otro proceso por asociación ilícita. Mientras tanto, Mauro Martín, segunda línea hasta entonces, tomó las riendas. Porque como dice Di Zeo, es «herencia, herencia, herencia». De eso se trata La Doce, de eso se trata la violencia. Y esta es su historia.

Los albores de una hinchada

La leyenda arranca el 1° de abril de 1905. Esa tarde se juntaron en la plaza Solís de La Boca cinco hijos de genoveses, los inmigrantes italianos que habían copado el barrio.

Dos eran hermanos, los Farenga. Los otros tres se llamaban Sana, Baglietto y Scarpatti. El mito dice que esa mañana habían perdido un nuevo partido representando al Independencia Sud y, hartos de estar hartos, se comprometieron a formar un equipo propio y agruparlo bajo el nombre del barrio. Cuarenta y ocho horas después, el club quedó instituido: Boca Juniors, el mismo que dieciocho días más tarde debutó ante la Asociación de Football Mariano Moreno, en una cancha que en realidad era un baldío ubicado en Dársena Sur. El resultado los favoreció por 4 a 0. De a poco, a fuerza de ganar partidos con rivales vecinos, Boca fue haciéndose famoso en la zona. Por entonces, dicen, se jugaba con una camiseta que hoy haría palidecer los rostros de los fieros integrantes de La Doce: de color rosa. La cargada por semejante indumentaria los empujó al cambio. Y a la aparición del que podría ser denominado el primer hincha caracterizado de Boca: Juan Brichetto, quien tuvo la idea de tomar los colores de la bandera del primer barco que pasara por el puerto. El barco resultó sueco, y de ahí el azul y oro. Brichetto era el jefe de Los Farristas, la murga de La Boca, lugar de contención para la oleada de inmigrantes europeos que se instalaba en los conventillos de la zona. Y de participar en la murga a ir a alentar a Boca había un paso. Que se cumplió rápidamente: hacia 1906 (año en que Brichetto presidió el club), Boca ya llevaba cerca de trescientos hinchas al potrero de Pedro de Mendoza y Caboto, que hacía las veces de estadio. Y el festejo del primer título, la

Liga Villalobos, fue bien a lo tano: mucha comida, mucha bebida, mucha murga y el sentimiento de pertenencia a un grupo que sería el germen de la hinchada más grande de la Argentina, de donde se desprendería después un brazo armado, La Doce.

El fútbol desató, desata y desatará pasiones extremas. Pero la violencia latente de los hinchas no puede confundirse con la violencia organizada que lucra a partir de la pasión. Recorriendo los diarios de la época, el primer incidente en el que toman parte hinchas de Boca se remonta a 1908, en un partido frente a Racing Club, en la cancha de Quilmes, por la semifinal del torneo de Segunda División. El partido terminó 1-0 a favor de la Academia, aunque en realidad nunca terminó: según el diario *The Standard*, el árbitro Rodrigo Campbell lo suspendió un minuto antes del tiempo reglamentario, a consecuencia de las amenazas de los partidarios del club Boca Juniors. Tal como consigna Martín Caparrós en su *Boquita*, cuando se retiraba de la cancha el juez tuvo que ser protegido por la fuerza policial, a la que se convocó para guardar el orden.

Por entonces, Boca Juniors ya era identificado como el equipo más guarro de la zona sur de la ciudad, el que congregaba a los obreros, a aquellos que de a poco se iban apoderando del mundo de la redonda dejando atrás a la elite inglesa, que en manos del Alumni aún dominaba el deporte. El barrio comenzaba a partirse en dos. Por un lado estaba Boca, que jugaba en Segunda, y por otro River Plate, que lo hacía en Primera. En 1911, el diario La Mañana hizo un concurso para saber cuál de los dos tenía más hinchas en La Boca. Sobre 84.364 votos, Boca recibió 55.050. En 1932, con el comienzo del profesionalismo, la votación la realizó la revista *El Gráfico*, ampliándola a todos los equipos argentinos que compitieran

en Primera y Segunda División. La encuesta consagró en su edición número 703 a Boca como el equipo más popular de la Argentina, con 150.125 votos, casi 30.000 más que River, su directo competidor.

En la década de 1915 a 1925 la hinchada de Boca tomó su identidad definitiva, liderada por Pepino el Camorrero, que había comenzado como mascota y con los años se transformó en un hincha caracterizado, lejos del barra profesional de hoy, pero con ciertos elementos que pueden asemejarlo: pendenciero, lideraba los cantos de los hinchas de Boca y ponía el clima a punto de cocción cada vez que el árbitro cobraba alguna falta que consideraba injusta. Su derrotero, claro, tuvo un punto clave y oscuro aquel 2 de noviembre de 1924, cuando en Montevideo fue asesinado Pedro Demby. Pero como la autoría le fue adjudicada a su segundo, el Petiso Rodríguez, como más tarde sucedería con los famosos Quique el Carnicero, el Abuelo o Rafael Di Zeo, Pepino el Camorrero siguió yendo a ver a Boca. Sin embargo, como si estuviera marcado por un sino trágico, no logró lo que se había propuesto: que su nombre estuviera asociado por siempre a la hinchada de Boca. Ese honor le corresponde a otro hincha: Victoriano Caffarena.

En febrero de 1925 Boca organizó la primera gira europea de un equipo argentino de fútbol. La delegación estaba integrada por el plantel de diecisiete jugadores, dos dirigentes, un periodista del diario *Crítica* y un hincha. Sí, Victoriano Caffarena, el Toto, benefactor de La Boca pero al mismo tiempo cholulo de los jugadores. A bordo del barco que llevaba al plantel a Europa, como premio a su permanente apoyo, los futbolistas le dieron el título de «El Jugador Número 12». Aunque por entonces nadie lo supiera, en altamar había nacido el nombre de la barra brava de Boca, si bien lejos estaba

Toto de personificar a los violentos que llegarían después. De hecho, en aquella gira europea, Caffarena se convirtió también en masajista y delegado del plantel. Y trabó tal grado de amistad con los jugadores que terminó siendo padrino de Carmelo Cerotti, hijo de Antonio, el delantero que convirtió el primer gol de Boca en ese tour, frente al Celta de Vigo. Cuando regresó, su nombre se hizo popular. Así Toto, por propia iniciativa, les encargó componer el himno de Boca a Ítalo Goyeneche y Fernández Blanco, que se ejecutó por primera vez en su casa en 1926. Esta cercanía con el club hizo también que en cada partido, de local y visitante, los jugadores le hicieran un lugar en el vestuario. Victoriano Caffarena vivió por y para Boca. Y obtuvo su reconocimiento durante la primera presidencia de Alberto Jacinto Armando, cuando en plena Bombonera se realizó un homenaje a los integrantes de aquella famosa gira del 25. Cada jugador recibió una plaqueta y la última fue para él, para Victoriano Caffarena, con leyenda inmortal incluida: se lo nombraba oficialmente el Jugador Número 12 de Boca Juniors.

Cuando La Doce se hizo sustantivo

El fútbol, que ya en 1925 se estaba convirtiendo en un fenómeno popular, explotó en masividad con la llegada del profesionalismo. Y la prensa acompañó el nuevo hito. A la cabeza de esta movida mediática se pusieron Natalio Botana y su diario *Crítica*, designando a Pablo Rojas Paz —escritor y periodista tucumano, fundador junto a Jorge Luis Borges de la segunda etapa de la revista *Proa*— para cubrir los partidos de Boca. Paz no era muy amante de la número 5 pero se conmovió con la primera imagen de la Bombonera, con el

estado bestial que el fútbol generaba en los hinchas. Antes del primer encuentro fue recibido por la dirigencia y llevado al vestuario a conocer al plantel. Uno de los presentes era Victoriano Caffarena. La historia del Jugador Número Doce le pareció al cronista una metáfora brillante de lo que producía el fútbol en los simpatizantes xeneizes. Y decidió hacerla extensiva, entonces, a toda la hinchada: tituló una de sus crónicas «El Jugador Número Doce». Y así quedó inmortalizado por siempre un nombre que cuarenta años más tarde se mancharía con sangre para perder toda su carga poética y terminar asociado directamente a la violencia.

El profesionalismo trajo, también, la «nueva moda» de los incidentes en los estadios. En una dimensión mucho menor que en la actualidad, pero que desde 1931 fue *in crescendo* hasta producir, en 1939, las primeras muertes registradas en un estadio nacional. Sucedió en cancha de Lanús, y las víctimas fueron dos hinchas de Boca: Luis López, de cuarenta y un años, y Oscar Munitoli, un pibe de apenas nueve.

Por entonces, cuando recién arrancaba el profesionalismo, Borocotó ya había hecho para la revista *El Gráfico* una semblanza del particular simpatizante de Boca. Bajo el título de «El Furibundo» lo señalaba como «el que insulta a los jugadores cuando pierden, y los defiende al punto de jugarse la vida cuando ganan». Y continuaba: «Es un hincha presente en todos los cuadros, pero más en Boca, porque es más exigente, está más acostumbrado a las victorias. Para él, se es de Boca o enemigo. No hay términos medios. Es un hincha rabioso, uno de los que le hacen mal a Boca, a fuerza de quererlo bien». La disección de Borocotó era puramente individual, pero mostraba el germen de lo que vendría después. Y Roberto Arlt, en una de sus aguafuertes porteñas del diario *El Mundo*, describió la genealogía definitiva

de la barra y su tipo de conformación: «Tan necesario es que los hinchas de un equipo se asocien para defenderse de las pateaduras de otros hinchas que son como escuadrones rufianescos, brigadas bandoleras, quintos malandrinos, barras que como expediciones punitivas siembran el terror en los stadiums con la artillería de sus botellas y las incesantes bombas de sus naranjazos. Esas barras son las que se encargan de incendiar los bancos de las populares, esas mismas barras son las que invaden la cancha para darle el pesto a los contrarios y en determinados barrios han llegado a constituir una mafia, algo así como una camorra, con sus instituciones, sus broncas a mano armada y las cascarillas monumentales que le dan nombre, prestigio y honra». Si bien Arlt no llega a prever lo que sucedería a partir de la década de los sesenta, cuando las barras deciden vivir directamente de los clubes (con La Doce como abanderada), treinta años antes produjo una vivisección del movimiento tan precisa como la frase que enarbola, a cada paso, Rafael Di Zeo: «La violencia es herencia, herencia, herencia». Y La Doce, claro, lleva inscripta en su interior esa marca indeleble de la eternidad.

La violencia que venía en escalada tendría su primer pico en 1939. El 14 de mayo de ese año, Lanús y Boca se enfrentaban en el sur. Ya por entonces, el equipo xeneize era claramente el más popular del país y los hinchas rivales tomaban cada partido como una final. Era Boca contra todos. Esa tarde la barra brava de Lanús decidió que podía perder en la cancha, pero no en la tribuna. Así, emboscó a la gente de Boca en las calles aledañas, antes del partido de Reserva. Y el lío siguió adentro, con epicentro al final del partido de Tercera. Hinchas de Lanús entraron al campo de juego para pegarles a los jugadores de Boca y fanáticos xeneizes intentaron ingresar para defenderlos. La policía decidió actuar. Pero

en lugar de tratar de contener a los barras de Lanús que ya estaban en el césped, fue hacia la tribuna de Boca, para que nadie saltara a la cancha. Eso dio origen a una mayor furia de los boquenses y de ahí a la acción criminal de los efectivos bonaerenses, hubo un paso. Paso que dieron los policías Luis Estrella y Salvador Pizzi. La crónica del día posterior del diario *La Razón* es elocuente: «Ambos eran los agentes más exaltados. El primero extrajo su revólver y lo descargó íntegro sobre la masa compacta del público de las tribunas. Ante la gravedad de lo ocurrido, vimos al agente autor de los disparos arrancarse la chapa de su uniforme para evitar ser identificado. Hasta anotamos el número de esa chapa, que es el 4.414». La furia criminal de Estrella dejó cuatro heridos y dos muertos: Luis López, un obrero español llegado al país tiempo antes y socio de Boca, y Oscar Munitoli, un chico de escasos nueve años. Se inició una investigación y a pesar de la nota incriminatoria de *La Razón*, el hecho quedó sin condena. Impunidad y violencia: un cóctel explosivo hacía su aparición en el fútbol argentino. Un cóctel que, con honrosas excepciones, se mantiene firme hasta hoy.

Desde aquel fatídico 1939 hasta fines de la década de los cincuenta, la hinchada de Boca fue ganando en número y en refriegas violentas, pero sin producir víctimas fatales. En la década de los cincuenta su identificación con el justicialismo más el golpe de la Revolución Libertadora y la posterior proscripción de Juan Domingo Perón de la política argentina, exilio incluido, determinaron que parte de la violencia acumulada por la nueva situación social explotara en las canchas y fuera conformando lo que podría definirse como una «proto barra brava»: la idea de una organización firme que, copiando el modelo de las unidades básicas, tuviese una estructura piramidal capaz de obtener beneficios a partir de su

trabajo por y para quienes rigen los destinos de la institución. Esta «proto barra brava» tuvo en La Boca nombre y apellido: «La Barra de Cocusa», por el apodo de su enigmático líder, que comenzó a ocupar el centro de la tribuna y a organizar, junto a Jorge Corea y el Negro Bombón, el grupo de aliento y presión azul y oro.

En este marco de creciente efervescencia social, la Bombonera fue clausurada por varias fechas tras serios incidentes en un partido del torneo de 1958 contra Racing. Y la AFA decidió mandar a Boca a oficiar de local en cancha de San Lorenzo. Jugó contra Huracán por la fecha 17 del torneo de Primera División y hubo disturbios a la salida del partido, que provocaron la inmediata represión de la Guardia de Infantería. Los medios de la época reflejan la pelea como una batalla entre dos grupos organizados, dejando en claro que ya no era únicamente una muchedumbre espontánea la seguidora de Boca, sino que un grupo compacto la lideraba. Faltaba poco para que ese mismo grupo se decidiera a conseguir prebendas a cambio de funcionar como el brazo armado de dirigentes y de generar el aliento organizado.

La aparición de la número doce

Los periodistas Ariel Scher y Héctor Palomino sitúan en el libro *Fútbol, pasión de multitudes y de elites* el comienzo del fenómeno cerca de mediados de la década de los sesenta. «Las barras bravas se habían tornado en esos años en un componente fácil de diferenciar de la masa total de asistentes, una masa que a la vez reconocía sin dudas la diferenciación. Las barras bravas aparecieron como grupos consolidados y

relacionados con algunos dirigentes de los respectivos clubes. Con ese respaldo, su poder y capacidad de acción se incrementaron rápidamente, haciendo crecer paralelamente la cifra de hechos violentos en los estadios de fútbol».

Con solo echarle un vistazo a la cantidad de muertes en el fútbol —que pasó de doce en sus primeros veinticinco años de profesionalismo a las más de trescientas cincuenta que pueden contarse hoy— se conviene rápidamente en que el surgimiento de las barras organizadas, bancadas por la dirigencia de los clubes y los partidos políticos, fueron el aspecto clave del incremento de la violencia. En ese marco nace La Doce. No es casual que lo haga al abrigo del nuevo presidente del club, Alberto J. Armando, un *selfmade man* que desde cadete había logrado escalar en la Ford hasta convertirse en un hombre de fortuna. El dirigente boquense reprodujo en el club el modelo de gobierno que había mamado en el justicialismo (durante la segunda presidencia de Perón fue proveedor de autos para la Policía Federal, a la vez que presidió Boca en el período 54/55, dejando su función tras el golpe militar que derrocó al General). Sabía que tener un grupo de presión de su lado fortalecería su poder y lo haría eternizarse en el cargo, tal como finalmente sucedió. Armando fue el dirigente que pasó mayor cantidad de tiempo al frente de Boca: veintitrés años, con veintiuno de ellos de gobierno consecutivo entre 1959 y 1980.

Boca ya era por entonces un país aparte, gigante, capaz de mover multitudes. Y el grupo anárquico que lideraba los cánticos vio, en las nuevas formas en que Armando se acercaba a ellos, la posibilidad de introducirse en el mundo institucional del club como grupo de presión, incluso tomando beneficios económicos a cambio. El visionario en esta materia fue Enrique Ocampo, que reemplazó a Cocusa

como referente de La Doce y que para fines de la década de los sesenta cambiaría su nombre por un apodo más contundente: Quique el Carnicero. Oriundo de La Boca, fanático de la azul y oro y con la idea de que la concentración del poder de la barra debía quedar en pocas manos, Quique armó a La Doce cual ejército prusiano: obediencia a su general y delegación del poder solo en tres lugartenientes, Carlos Varani, alias el Capitán, el Viejo Carrascosa y el Alemán. También formaban parte de ese círculo áulico el gordo Upa y el uruguayo Chupamiel. Por entonces, el primer anillo de La Doce tenía veinte miembros, todos hombres del barrio, la mayoría entre veinte y treinta años. «Quique no aceptaba guachitos», contaría años después Rafael Di Zeo, algo despedido porque cuando quiso ingresar a la barra, a los catorce años, fue dejado de lado por el Carnicero.

Ocampo tenía en claro que el negocio consistía en ganar respeto a fuerza de puños contra las barras rivales y mostrar cómo su influencia en la tribuna podía beneficiar o perjudicar al poder político de turno. La primera aparición organizada de La Doce, según relatan los barras más antiguos, no fue contra River, como muchos suponen, sino contra Vélez, en el antiguo Amalfitani. La presentación en sociedad se hizo en un baldío situado en Juan B. Justo y Alcaraz. Esa tarde, con la captura de tres banderas, La Doce comenzaba como brazo armado un accionar que no se detendría jamás.

Luis María Bortnik era el secretario general de Boca, la mano derecha de Armando, el hombre que conocía hasta qué baldosa estaban pisando los jugadores y los hinchas por el barrio. Si a él acudió Quique Ocampo cuando ganó la primera batalla y se presentó en sociedad, o si Bortnik lo apalabró para ponerlo de su lado, es algo que permanecerá

ya en el mundo del secreto. Cuando ya había dejado la profesión de barra y se ganaba la vida vendiendo su historia y *merchandising* de Boca en el negocio La glorieta de Quique, justo frente a la Bombonera, Ocampo, poco afecto a narrar las peripecias de sus días como jefe de la barra (básicamente por el penoso final que tuvo a manos del Abuelo), dio su versión de cómo sucedieron las cosas, contando que fue el propio Bortnik quien se acercó a él, por pedido de Alberto J. Armando. Distinta es la versión narrada por el exdirigente de Boca. Entrevistado por Gustavo Veiga para el libro *Donde manda la patota*, Bortnik afirmó: «La barra empieza a ejercer influencia en el 62, 63. Los mangazos para los viajes se iniciaron con la Copa Libertadores [que comienza a jugarse en 1960 y de la cual Boca fue subcampeón en 1963]. Recuerdo que les conseguíamos entradas pero nunca les pagábamos los traslados. Aunque antes no se viajaba tanto, los dirigentes veíamos que esa hinchada era necesaria. No por la violencia, sino por el aliento que terminaba contagiando a los jugadores. Había oportunidades en que Boca no jugaba bien en los primeros tiempos y esta gente comenzaba a gritar. Al final contagiaba a los demás y el equipo entonces daba vuelta muchos partidos.

—¿Cómo se establecía el vínculo con este grupo?

—Yo los reunía en el club. En la mesa donde sesionaba la comisión directiva. Cuando ellos tenían un problema o estaban enojados porque pensaban que un jugador iba a menos o que el técnico no servía, los citaba en la sede y hablábamos. Eran tiempos en que gobernaba Armando, pero como él no venía nunca por la sede, ellos recurrían a mí».